

Ella tenía 18 años; él, 33.

A los 19 nació su primer bebé. Una niña.

Después llegaron tres hijos más: dos niñas y un niño. Un niño para alegría del padre. El príncipe.

El príncipe al que sus hermanas vestían de niña, maquillaban y hacían bailar sin que el padre se enterara... porque, si lo hubiera sabido, quién sabe qué habría pasado.

Las niñas se divertían muchísimo. El pequeño no podía defenderse. O tal vez también se divertía?. A ellas no les importaba demasiado. Lo importante era jugar con su hermano pequeño.

Las niñas nacieron con apenas dos años de diferencia entre una y otra. El niño llegó cuatro años después de la tercera. Entre medias se perdió un bebé.

La hija mayor percibió que algo extraño ocurría en casa, aunque no alcanzaba a comprenderlo. Aquel día la llevaron a casa de una tía y le dijeron que su madre no se encontraba bien y debía ir al médico. Ya no recuerda adónde llevaron a sus hermanas.

Pero una palabra quedó suspendida en el aire:

Legrado. Aborto.

Entonces no conocía el significado de aquellas palabras. Lo entendería muchos años después. Pero querían decir que había perdido a un hermano o a una hermana. Nunca lo sabría.

Ella y su familia vivían en una región tropical. En el extremo sur de México, a unos dieciocho kilómetros de la frontera con Guatemala y a unos veinticinco del océano Pacífico.

La casa donde vivían era grande, blanca y estaba rodeada de plantas silvestres y de animales que, de vez en cuando, se colaban en su interior: arañas, tlacuaches, alacranes, murciélagos y cuijas (gecos) blancas y casi transparentes que por las noches «cantaban» con sus sonidos extraños. Asustaban a las visitas, poco acostumbradas a aquellos

pequeños animales, y más de una vez les quitaban el sueño. Aun así, eran bienvenidos en la casa pues se alimentaban de insectos.

Gallinas de Guinea, pollitos, una infinidad de helechos, palmeras, flores exóticas y otras plantas tropicales, junto con un gran columpio, un tobogán y otros juegos infantiles, «decoraban» el inmenso jardín.

Los niños pasaban allí las tardes, sobre todo cuando el sol ya no quemaba con tanta fuerza.

La hija mayor se columpiaba sin descanso. Cada vez que se impulsaba hacia el cielo se sentía libre. Y con ella también se balanceaban sus sueños. A veces oía a su madre llamarla para hacer los deberes. Pero ella fingía no escucharla, para desesperación de su madre.

Bajo la mirada de Andrea y Tere, las dos mujeres que trabajaron durante años con la familia, los niños pasaban las tardes en el jardín.

Ambas procedían de un pueblo vecino, en la región del Soconusco. Allí la gente hablaba de otra manera. Se «comían» la ese al final de las palabras.

A los niños aquello les hacía mucha gracia. Era una forma de hablar que no conocían en casa. Con el tiempo comprenderían que esa manera de pronunciar también hablaba del lugar que cada quien ocupaba dentro de la sociedad.

Los niños se reían mucho con ellas, sobre todo con Andrea.

Era una mujer corpulenta, de piernas arqueadas, cabello corto y negro y piel muy oscura. Cada vez que reía dejaba ver el espacio entre sus dientes.

Tere, su hermana menor, tenía unos ojos pequeños y luminosos, la misma piel oscura y una melena de rizos negros e indomables.

Era más tímida, aunque reía a carcajadas con las ocurrencias de Andrea.

En la casa también vivía Miguel, un muchacho que ayudaba con los trabajos del jardín y que, de vez en cuando, acompañaba a las niñas a la función dominical de cine.

Aquello era toda una aventura para Miguel y también para ellas.

A veces sentían vergüenza, porque no era habitual que un muchacho acompañara a unas niñas.

Lo normal habría sido que fueran Andrea o Tere.

A su madre, sin embargo, le daba igual quién las acompañara.

Después del cine, como casi todos los domingos, toda la familia iba al mar, a la casa que tenían allí.

Se reunían con amigos y familiares. Eran auténticas fiestas familiares. A veces una marimba tocaba en vivo.

Tanto la madre como el padre disfrutaban profundamente bailando.

Al menos mientras bailaban parecían entenderse, cosa que no siempre ocurría fuera de la pista. Tenían muchas diferencias.

A él le gustaba la carne; a ella, el pescado.

Él prefería la comida mexicana; ella se inclinaba por la cocina europea.

Él provenía de un entorno matriarcal.

Ella, de una familia profundamente católica y dominada por la figura del padre.

Ella bailaba flamenco y tocaba las castañuelas.

Él cantaba con una voz hermosa y disfrutaba haciéndolo.

Ella tenía la piel muy clara, era pequeña y de rasgos delicados.

Él era moreno, ancho y robusto.

Aunque la educaron para ser *la señora de la casa*, salió a trabajar, incluso contra la voluntad de su marido. Una rebelde de su tiempo.

Hoy apenas susurro su origen, su historia, y pienso siempre en ella. Nunca borraré sus enseñanzas ni sus recuerdos.